

*Premio Azorín de Novela 2019*



JOAQUÍN CAMPS

# LA SILUETA DEL OLVIDO

EL DOLOR SIEMPRE DEJA HUELLA

 Planeta

# LA SILUETA DEL OLVIDO

Joaquín Camps Torres

---

## **PRIMERA PARTE**

---

## CAPÍTULO 1

Dos de la madrugada. Se acerca a la ventana del torreón y aparta la cortina, con precaución. Allí abajo, en la calle, el único ser vivo que se ve es un paraguas. Seguramente esperando a que llegue su taxi. Y de repente el paraguas se ilumina por dentro, en plan calabaza de Halloween. Desde las alturas, tarda un poco en entender que no se trata de un ser mágico, sino de un fumador encendiéndose un cigarrillo bajo la lluvia.

Lárgate...

Llega el taxi. Y el paraguas y su propietario se largan. Pero sus ojos permanecen observando la ciudad mojada. Le relaja ver llover, en eso al menos no es un ser especial.

El arco está cargado: la flecha debe partir.

Baja las escaleras y entra en la habitación. Sobre el colchón la anciana parece dormir, excepto por lo incómodo de su posición: cuerpo en aspa, manos y tobillos amarrados con cinta americana a cada una de las esquinas del armazón de la cama.

No quitarse los guantes, bajo ningún concepto...

Se acerca a la vieja y observa su rostro. Enciende la linterna, para analizar cada una de las arrugas. Surcos que le recuerdan las líneas fósiles de sedimentación de un acantilado: en ellos cree poder leer su prehistoria. Su biografía.

Encender la linterna solo si es estrictamente necesario, no debo olvidarlo...

De nuevo oscuridad. Y con ella llega la conciencia: esta mujer que tiene enfrente no le ha hecho nada. Ha sido la elegida

---

tan solo porque vive sola, y porque vive en ese lugar. Tan especial, tan único.

Capucha bien calada...

Porque esa casita no debería existir, pero existe. Y la anciana habita ese no-lugar. Es la única de su estilo que queda en el lado derecho de la avenida Blasco Ibáñez. El resto de los “chalets de los periodistas”, llamados así porque fueron promovidos en los años veinte por la Asociación de la Prensa Valenciana, están al otro lado de la gran avenida. Todos excepto está casita, que ahora, fuera del rebaño, respira a duras penas rodeada de enormes edificios. Aislada en medio de la muchedumbre.

Aunque me moleste, capucha bien calada: con un solo cabello podrían identificar mi ADN.

Tras saltar la valla no ha sido difícil entrar en la vivienda, a su propietaria por lo visto no le preocupa demasiado la seguridad. Como suponía, la ha pillado durmiendo: al aplicarle el cloroformo ni tan siquiera abrió los ojos.

Lo primero que ha hecho es recorrer el minúsculo palacio, para comprobar que la casita por dentro es como la casita por fuera. Es como son todas las casitas de los periodistas: parece sacada de un cuento. Irreal por culpa de su hiperrealidad. Tan perfecta, tan inexplicable, como una maqueta a tamaño real. Al modo de las esculturas de Duane Hanson que tanto le gustan.

Conectar alarma reloj...

Sigue esperando el valor. Pero el valor no llega. Y la vida avanza, mientras sigue esperando el valor... para que algo cambie. El valor que lleve a su ser al alumbramiento. En su doble acepción: nacimiento y luz.

... hora límite para salir de aquí, cinco de la madrugada.

La finalidad de este experimento es en realidad una antifinalidad al modo sartriano: se esfuerza por destruirse. Sabe que cortando amarras con el pasado, se garantiza un futuro vacío, porque el porvenir solo se carga de significado cuando concuerda

---

sintácticamente con el pretérito. Pero en sus circunstancias, “futuro vacío” le suena a paraíso. Por eso va a hacer lo que ha ido a hacer a esa casita de cuento. Y lo va a hacer ya.

Primero toma unas cuantas fotografías de lo que considera su obra. Luego, con una energía autoimpuesta, se monta a horcajadas sobre el cuerpo dormido de la anciana y le sube el camisón. Le quita las bragas y vuelve a encender la linterna, que ahora enfoca directamente a la vagina de su víctima, proyectando contra la pared sombras chinescas que huelen a sexo. A sexo triste.

Dios mío...

Rebusca en la mochila, y saca el instrumento. Rueda la manija para comprobar que funciona: como la seda. Y lo encara.

Joder...

Respira hondo. Ahora solo tiene que empujar.

Tienes que hacerlo, tienes que hacerlo...

Cierra los ojos, para hibridarse con la onda de fondo del universo. Vieja y nueva, infinita y minúscula, en todos sitios y en ninguno

He de dar el paso... he de hacerlo...

Y observando el instrumento entiende que no será capaz. Porque entiende que el odio es invisible. Al odio no lo ves. Pero puedes ver las consecuencias del odio. Que están ahí, entre sus manos, en el pedazo de metal que sostiene: esa pobre mujer no le ha hecho nada.

¿Eres imbécil? ¡¿Qué demonios pretendes hacer?!

Las condiciones de laboratorio de este experimento son nefastas.

Vete... ¡Tienes que irte ya!

Baja de la cama, recoge todas sus cosas y libera los tobillos y muñecas de la anciana. Intenta dejar el cuarto de modo idéntico a como lo encontró. Con un poco de suerte, al despertarse su víctima creerá que el dolor de cabeza que tiene es por culpa de una pesadilla, no del cloroformo.

---

Desciende a la planta baja por las escaleras y sale al jardincillo. Sigue diluviando. Levanta el rostro y deja que las gotas golpeen sus globos oculares. Y al fondo, el negro que todo lo abarca. El negro que todo lo puede. Es curioso el ser humano, piensa mientras se deja mojar: no somos capaces de entender la inmensidad del universo, pero sí somos capaces de sentirla.

Justo lo mismo que con el amor... y con el odio. Lárgate de aquí si no quieres cometer una locura.

Salta el murete y con la mochila a la espalda se pone a caminar. Capucha fuera, la cabeza gacha. Empapándose, sin protección, con las manos en los bolsillos. Como un hermano hebreo en la desolación de la diáspora.

---

## CAPÍTULO 2

Para Claudia hay dos tipos de secuestros. Aquellos en los que la víctima se lo merece, y los otros.

- ¿La puerta o alguna ventana han sido forzadas?

- No, todo está en orden. Ni siquiera hay rastro de ganzúas...

Por fortuna los primeros son los que más abundan. Suele tratarse de gentuza que debe dinero a gentuza de su misma calaña, pero con más redaños.

-... todo parece indicar que al intruso o se le franqueó la puerta o tenía llaves.

Cuando Claudia aborda esos casos, siente algo parecido a lo que siente cuando entra en el Burguer King a cenar con hambre: ansiedad infantil.

- No adelantemos acontecimientos.

- Por supuesto, jefa.

Cuando sale de esos casos, tan fáciles de resolver, también siente algo parecido a lo que siente al salir del Burguer King: el arrepentimiento de haber hecho algo que tan solo te produce un placer vulgar. Y además es perjudicial para tu salud.

- Y no me llames jefa, te lo tengo dicho.

- Eso está hecho, jefa.

¿Por qué tiene a veces la sensación de que sus conversaciones con Ramón están plagadas de topicazos de mala novela negra? Tendrá que corregir eso...

---

- Salgamos fuera y dejemos trabajar a los de la científica - abandonan aquel cuarto inmenso donde cabrían sus dos pisos juntos - ¿Cómo está la madre? ¿Se puede hablar con ella?

- Sí, nada de histerismos. Está muy afectada, pero conserva la calma. Le he dicho que cuando acabara de inspeccionar la habitación bajaría usted a hablar con ella.

Luego están los otros casos de secuestro. Los casos en los que la víctima no se merece lo que le pasa.

- ¿El teléfono móvil de la chica lo habéis localizado?

Esos casos, sin excepción, a Claudia le destrozan la vida. Bueno, se la destrozan un poquito más.

- Ni rastro.

- Al menos una buena noticia.

- Ya he puesto a los muchachos de redes a trabajar en el asunto.

Y el que tiene ahora entre manos tiene toda la pinta de ser un caso de este segundo tipo. Por eso Claudia se pregunta qué demonios hace allí, en ese lugar. Enfadada consigo misma: si en esos dos o tres momentos que determinan una existencia (aunque parezca increíble, no son muchos más) hubiese tomado un camino diferente, quizás ahora no estaría en ese lugar, sino en otro muy distinto.

- ¿Quién estaba de guardia en redes?

- Gaspa.

- ¿Cuándo nos dará resultados?

- Me ha dicho que en cuatro horas.

- Que sean dos.

- A mandar, que para eso estamos. Le meteré prisa, aunque no creo que haga falta, Gaspar es un buen chico y sabe que los secuestros o se resuelven en los dos primeros días o ya no se resuelven - como Ramón es un cobarde, disfruta mucho con esas sentencias falsas pero solemnes: la pequeñez puede ser una manera de ser -. Pero no confío en que nos dé buenas noticias, el que se ha

---

llevado a esta chica tiene pinta de saber lo que se hace. Me juego mis mejores agujas a que ese cabrón le ha sacado la batería al móvil de la muchacha antes de salir por la puerta de esta casa.

Así es Nube Negra, el mejor rastreador de la tribu.

- Hablas en singular y en masculino, ¿por qué piensas que ha sido un solo hombre?

- Instinto.

Claudia le observa sin decir nada. No es una mujer de muchas palabras, su punto fuerte es el gesto.

- Sí, jefa, instinto, no me mire así. Ya sabe que yo me huelo las cosas...

Ella es Robert Mitchum hecho mujer protagonizando una película de François Ozon: tempos largos, eternos, aburridos; una desgana lacónica, una mirada saltona pero adormecida, burlona. Un aire de abandono calmoso, siempre caustico.

- Déjate de brujerías, jefe indio. ¿Qué te hace pensar que ese tipo trabaja en solitario y sabe lo que se hace?

- Mientras la esperaba he hecho mis deberes.

- Vaya, yo creía que mientras me esperabas te has entretenido tricotándole a la secuestrada una mortaja.

A Ramón le encanta cuando su jefa le mete leña. Siente un gustirrinín extraño... un *je ne sais quoi*.

- Pues no, yo no tricoto mortajas. Ahora estoy con unas manoplillas para el bebé de la portera...

- Al grano.

Él se abre la gabardina y saca del bolsillo interior una fotografía. La camisa está tan ajada y mugrosa que sería posible determinar la edad de Ramón contando los anillos de sus sobacos: el cerco de sudor, al igual que el algodón, no engaña.

- Esta es Lara Valls.

La inspectora observa el rostro. Óvalo bizantino. La piel parece tan fina, y las pupilas son tan oscuras, que da la impresión de que cuando Lara cierra los ojos sigue viendo el mundo.

---

- Esta niña es una belleza, con esa cara este caso huele a fetichismo sexual que apesta. Esos desgraciados siempre trabajan solos. No hace falta que le diga que todo eso son malas noticias, estas cosas rara vez acaban bien.

Claudia suspira: no, no hacía falta que me lo dijeras, pero me lo has dicho. Hablar con este hombre es siempre apocalíptico. Sientes que estás hablando con Isaac Asimow tras cometer el error de pedirle predicciones sobre el futuro de la humanidad.

- Si a eso le unimos que la gran mayoría de secuestro son realizados por hombres, mi deducción es bastante lógica.

- No te quites méritos, que cuando vas de modesto te pones demasiado guapo.

Mmmmm... ese *je ne sais quoi*...

- Gracias, jefa. Y que no es un tonto parece bastante obvio. Los de la científica me han dicho que nos olvidemos de huellas, en la habitación solo han encontrado las de cuatro personas, que a falta de cotejar, están seguros que pertenecen a los miembros de la unidad familiar, añadiendo a la kely, una buena mujer que lleva toda la vida limpiándoles la casa. Conclusión: ese cabrón es un cabrón precavido.

Admira tanto a esta mujer que siente la permanente necesidad de impresionarla. Justo lo que a Claudia menos le impresiona.

- Y que es un cabrón precavido lo he confirmado tras darme un paseo por la zona y hablar con los vecinos: nadie vio nada. La única cámara de vigilancia que podría ayudarnos a saber quién entró en la casa esta mañana es la del chalet de enfrente, y resulta que cuando he preguntado a la dueña si tiene contratado el servicio de grabaciones, me dice que la empresa de seguridad la acababa de llamar porque van a enviarle un técnico. Resulta que a mitad noche la cámara se ha “estropeado”, vaya casualidad...

Le gustaría manejar el sarcasmo con la misma habilidad que su superiora, pero a él no le funciona. Él es de esas personas

---

achicadas que estropean una larga explicación rematándola con un “Y bueno, eso sería un poco todo”.

- Por eso, aunque no hayamos localizado el móvil de la víctima, creo que no conseguiremos nada por esa vía. Un cabrón tan precavido me extrañaría mucho que cometiese ese error... hoy en día con tantas series de televisión y tanto internet este trabajo da asco. ¡No sé a usted, jefa, pero a mí, como profesional de la investigación, me resulta frustrante! Si el tonto del pueblo ha visto Homeland por la tele, ya sabe que si eres un chico malo y apagas el móvil pero le dejas dentro la batería, al poco tiempo un dron te lanza un pepino que te revienta la cabeza. Y nuestro hombre le aseguro que no es el tonto del pueblo. Tengo la intuición de que no ha dejado cabos sueltos, y no lo ha hecho porque es un tipo que sabe lo que se hace, y sabe lo que se hace porque no es la primera vez que lo hace. Y bueno, eso sería un poco todo.

Claudia, tan poco habladora, agradece que Ramón tenga una naturaleza dialéctica. Aunque no tiene muy claro qué demonios implica esa definición.

- Ya veo...

Cierra los ojos, para así observar mejor a su subordinado.

- ¿Y qué ve?

Ve el cerebro de Ramón, que es como su cuerpo: delgado, nervioso, compulsivo. Atolondrado e instintivo. Suele equivocarse siempre, pero en la dirección correcta. Por eso Claudia lo quiere en su equipo, no lo cambiaría por ningún otro.

- Entonces estamos ante un secuestro sexual, realizado por un hombre, que trabaja solo, y sabe lo que se hace porque ya ha secuestrado antes.

- Sí, sin duda.

- O sea, un perverso.

- Lo ha *clavado*.

- Son datos interesantes...

- Mucho, lo sé.

---

Pasan unos segundos. Él se impacienta, y ve la luz.

- Jefa, conozco esa mirada.
- No sé de qué me hablas.
- Deje de estar en desacuerdo conmigo y fingir que está de acuerdo.
- Me parece bien - casi sonrío -. Estoy de acuerdo.

Ahí está. Robert Mitchum. Ella solo tiene dos maneras de ser policía: llevando las riendas o bajándose del caballo. Ramón lo ve y se derrite.

- Señores, ya puedo decirles alguna cosa. Sé que hay prisa.

La puerta de la habitación se ha abierto y ahora en el descansillo son tres: Claudia, Ramón, y un tipo vestido como si fuese a recolectar miel.

- Sin duda hubo pelea - se quita guantes y peucos -. Por lo visto la sorprendió por detrás, mientras ella estaba cara al ordenador. Forcejearon, y debió noquearla con un golpe contundente, que es el que originó la pequeña mancha de sangre sobre la alfombra. Estoy casi seguro que el análisis dirá que esa sangre es de la muchacha.
- ¿Algún resto de semen o fluidos vaginales?
- Nada. La lámpara azul dio negativo, y os aseguro que la hemos pasado a conciencia. Esto parece el cuarto de una novicia: si la violó no fue en esta habitación.

Claudia mira a Ramón, que al percibir el reproche necesita preguntar algo.

- ¿Restos epiteliales?
- A montones, pero hasta que no los analicemos no podré decirles nada. Quizás alguno se originó en la pelea o quizás son todos de la chica, a esas edades... Mi hija también tiene dieciocho años y se pasa el día frente al espejo quitándose poros y decapándose. Son años de mucha tontería.

---

A Claudia le impresiona la capacidad que tienen sus compañeros con familia para distanciarse del dramatismo de la situación. Se distancian tanto que involucran a sus familias.

- ¿Habéis acabado con el ordenador?

- Sí, solo tenía huellas de una persona, supongo que de la chica. Se lo pasamos a los de informática - carraspea, es obvio que se guarda lo mejor para el final, pero aún no es el momento -. Hemos registrado la habitación de arriba abajo, y no hay nada anormal.

- ¿Algún diario? ¿Fotos de amigos o novios?

- Nada. Pero no es extraño, los jóvenes de hoy guardan todas esas cosas en el móvil. Si a mi hija le preguntas por su caja de zapatos con recuerdos... se parte la caja - vaya, que divertido juego de palabras me ha salido; estos de la científica son la monda -. Como digo, eso no es extraño... lo extraño es esto.

Ahora sí es el momento. El recolector de miel levanta la mano sosteniendo una pequeña bolsa de toma de evidencias. Cuatro ojos la acechan.

- ¿Tres píldoras?

- ¿Azules?

- Sí, estaban escondidas dentro de unos calcetines en el fondo de un cajón.

- ¿Qué son?

- Pues si no me equivoco, y a espera de los análisis, parecen Viagra.

Ahora los cuatro ojos se ceban sobre el recolector.

- No me miréis así. Yo no tomo esta basura todavía, pero he visto muchas como estas en el laboratorio.

- ¿Qué hacen tres pastillas de Viagra en la habitación de una adolescente?

- Claudia, no me jodas, esa pregunta no la tengo que contestar yo, la tienes que contestar tú. Hasta donde sé, la Viagra los jóvenes no la están combinando con ningún otro tipo de droga

---

para potenciar efectos. Y te aseguro que si la muchacha tenía noviete no creo que necesitara esto, a esas edades te levantas todas las mañanas con el caballete de la bici puesto.

Si era una broma a nadie le apetece reír. Ante un recibimiento tan frío por parte de su público, decide hacer un mutis por el foro.

- Bueno, me vuelvo para dentro. En un par de horas habremos acabado, cualquier novedad os aviso.

Los pensamientos se enjambraban alrededor de las dos mentes, como si fuesen abejas alrededor del panal. El recolector de miel sin dudas las excitó.

- ¿Tal vez fue el secuestrador quien las escondió? ¿Quería que las encontrásemos? Ya se lo dije jefa, ese tipo es un pervertido, un fetichista. No me extrañaría que se tratase de un...

- Cierra la boca. Ya te lo he dicho antes, no adelantemos acontecimientos.

- Piénselo: Lara está con sus amigas en un bar; un viejo le hace una proposición, y todas se burlan de él y lo humillan... pero el que ríe el último ríe mejor. La secuestra para violarla y hacerle las mil perrerías, y como venganza poética, nos deja el señuelo de las tres viagras sabiendo que las encontraremos...

- Quieres cerrar la puta boca.

Nube Negra agacha la mirada. Reconoce que se ha pasado.

- Vamos al salón. Quiero hablar con la madre.

- Perfecto. Pero jefa... - duda -. La pobre está muy preocupada... tenga tacto. Por favor.

Ella no responde. Inicia el descenso por las escaleras como lo inicia siempre: muy concentrada. Intentando no pensar en la sensación de que la cabeza del fémur va a brotarle por la cadera.

- Adelántate. Ahora voy yo.

- ¿Dónde va?

- Necesito que me dé un poco el aire. Salgo al jardín.

- Pero...

---

- He dicho que salgo al jardín. Allí los de la científica ya han estado y no encontraron nada. Pero yo he visto unas azaleas que en el ojal de tu gabardina van a quedar de ensueño.

Ramón eleva los ojos hacia el cielo, pareciéndose más que nunca a un santo de estampa. Es su manera de evidenciar la paciencia saurica que ha desarrollado tras tantas horas de trabajo con su superiora.

- Como quiera - se dirige al salón sin dejar de hablar -. Pero no tarde, que la conozco.

Ella cruza una cocina desmesurada y sale al jardín. Observa la luz y suspira.

Joder, qué bueno...

Han pasado ya dos años desde que llegó de Madrid y no acaba de acostumbrarse: la primavera parece que nunca acaba de irse del todo. Claudia está convencida de que cada ciudad tiene una estación del año que le es consustancial, pertinente, y sin duda la de Valencia es la primavera. Fuera de sus fechas, todo es una búsqueda de sus fechas. En verano por exceso, en invierno por defecto. En otoño por confusión.

- ¡Jefa, estoy en el salón con la madre! ¡No tarde!

Se gira. Ramón ya se ha zambullido de nuevo en la cocina. Cómo me conoce ese desgraciado... A veces siente que su subordinado es su yo bueno.

Ya voy...

Observa la casa. Siempre pasa lo mismo. Seguramente aquella era una familia feliz, y ahora todo cambiará. Porque la vida no tolera un vacío: si la felicidad se esfuma, la desgracia rápidamente ocupa su lugar. A veces camuflada tras la aparente atonalidad del transcurrir de los días.

Asco de trabajo...

Lo intenta, pero no es capaz de dejarse en paz. Esos diálogos consigo misma son un campo de batalla donde no se hacen prisioneros, donde no hay trincheras ni misericordia. Donde

---

se lucha a pecho descubierto. Ella es como una chica anoréxica insatisfecha con su cuerpo, obsesionada con mirarse al espejo: se siente obesa por dentro.

- ¡Jefa!

- ¡Ya voy!

En cuanto él vuelve a desaparecer ella hace lo que ha ido a hacer al jardín. Con disimulo se la mete en la boca y traga. Al entrar en el salón lo primero que ve son los ojos de Ramón. ¿Cargados de reproche? Dios mío, este hombre está tan delgado que si una amante le tirase las bragas a la cara lo derribaría.

- Buenas tardes.

Un accidente bastante improbable, por otra parte.

- Al subinspector Ramón Linares creo que ya lo conoce - le tiende la mano a la señora de la casa -. Yo soy Claudia Carreras, inspectora de policía. Me han encargado su caso, y debemos ponernos a trabajar de inmediato.

Sí, ya lo sé, muñeca de porcelana, si no estuvieses pasando por lo que estás pasando seguro que te reirías con tus amigas de una policía que baja las escaleras como yo las he bajado, y se apellida Carreras. Pero no, reír no es lo que más te apetece ahora, ¿verdad?

- Yo soy... yo soy Cristina Manuela, la madre de Lara.

Los tres se desploman sobre el sofá de plumas, mientras Claudia aletea por dentro: alguien que se llama Cristina Manuela, y se presenta como Cristina Manuela porque le gusta que la llamen Cristina Manuela, y te obliga a pronunciar cada vez esa mierda de nombre interminable, alguien así, solo puede ser una gilipollas.

- Encantada de conocerla... - Ramón le suplica con la mirada, pero ella le ignora - ¿Prefiere que la llame Cristina, o Manuela?

- Pues... - no es momento de enarbolar estandartes, claudica con facilidad -. Lo que... lo que prefiera.

---

Es una mujer de apariencia sofisticada, de las que creen que “Sexo en Nueva York” no es una serie de televisión. Es un estilo de vida.

- Si no le importa tomaré notas... Dígame, Manuela - ese nombre siempre le ha sonado a chacha portuguesa, sin duda es la mejor opción -, ¿cuándo fue la última vez que vio a su hija?

- Esta mañana... al salir para ir a la peluquería.

- ¿Lara se ha quedado sola?

- Sí, sola... los miércoles Toñi no viene a limpiar.

- ¿La alarma estaba desconectada?

- Siempre lo está cuando hay alguien de la familia en casa... este es un lugar muy tranquilo.

- ¿Qué hora era?

- Pues serían... - ahora que duda, se evidencia que es una mujer muy hermosa, pero sin alma; como un pueblecito de los Alpes italianos que, por un trágico encantamiento, estuviese habitado enteramente por suizos -. Eran las diez. Sí, seguro, las diez de la mañana.

- Según tengo entendido, usted regresa de la peluquería... - ojea la libreta de notas - dos horas más tarde, y se encuentra con que su hija ha desaparecido y el cuarto está revuelto.

- Eso es.

Sí, muy hermosa, sin duda. Y muy bien vestida. Y con el pelo impecable, claro. De hecho no parece una madre preocupada. Más bien parece una sacerdotisa preocupada.

- ¿Lara conduce?

Tal vez por eso el salón tiene un aire basilical.

- No. Ni sabe conducir ni tiene aún coche. Acaba de cumplir dieciocho, supongo que pronto se querrá sacar el carnet.

- ¿Supone? ¿No han hablado de eso?

- La verdad es que no...

Claudia anota.

- ¿Y tiene novio?

---

- Novio... no, que yo sepa, no.  
- ¿Algún amigo... especial?  
- No lo sé... Lara es muy retraída, jamás me contaría una cosa así.

- A usted tal vez no, pero seguro que con sus mejores amigas habla de todo eso. Necesitaríamos sus nombres y teléfonos.

- Amigas...

Sin previo aviso rompe a llorar. Claudia permanece impasible, pero a Ramón esa reacción natural de una madre le sorprende tanto que por un momento no sabe qué hacer con su propia gestualidad. Y es que no se lo esperaba, porque la elegancia exagerada de esta mujer la vuelve inhumana. Imaginársela defecando se hace difícil, incluso para Ramón, que es capaz de imaginar cualquier cosa. De hecho, mientras saca una bola de clínex del bolsillo de su gabardina, se imagina a Cristina Manuela desnuda, llevando tan solo una boina ladeada, braguitas y calcetines. Todo tricotado a doble punto de cruz en lana Shetland. Tonos malva.

- No, gracias... - rechaza la bola que le ofrece Ramón, con aspecto de usada -. Tengo pañuelo.

Batista blanca. Calada.

- Discúlpenme...

- No pida disculpas - Claudia, sin ganas, fuerza un tono caritativo: al fin y al cabo a esta pobre mujer le acaban de secuestrar a su hija -. Sé cómo se siente, pero debe ser fuerte...

- ¿Tiene usted hijos, inspectora? - alza los ojos, enrojecidos pero orgullosos.

- No.

- Pues entonces no sabe cómo me siento.

Vaya, aún no es la hora de comer y ya va a tener que pedir perdón por tener más de cuarenta y no haber parido.

- Los hijos son como una amnesia... cuando su vida va arrancando, la primera parte de la tuya va desapareciendo... - la

---

sacerdotisa se ensimisma -... y te da la impresión de que siempre estuvieron ahí, de que nada antes de ellos existió. Si pierdo a Lara...

De nuevo se desmorona sobre su pañuelo, sollozando. Nadie allí la va a consolar, porque Ramón sigue imaginando cosas raras, no puede evitarlo. Y a Claudia el mazazo la ha dejado fuera de juego, al recordarle que la única manera de saber cómo te han querido tus padres, es teniendo hijos.

Odio este trabajo...

La inspectora a estas alturas ya sabe que nunca los tendrá, y es una pena, porque le hubiese gustado dilucidar el tipo de amor que le dieron sus progenitores. Sospecha que fue un amor avaro, aunque amor avaro siempre le ha sonado a oxímoron.

- Me decía que las amigas de Lara...

- Lara no tiene amigas - se rehace; digna, fría.

- ¿No tiene amigas? ¿Ninguna?

- No. Al menos a mí nunca me ha hablado de ninguna.

- Manuela, ¿Lara le ha hablado a usted de alguna cosa alguna vez?

Ha sonado a: “¿Por qué en lugar de pasarte el día en la estetición, no te dedicas a preocuparte de tu única hija?”.

- ¿Qué quiere decir con eso?

Ha sonado a: “Tú, plebeya, ¿cómo osas juzgarme?”.

- Lo que quiero decir es que me da la impresión de que no tiene una comunicación muy fluida con su hija.

- Oiga, yo soy una buena madre, lo que pasa es que...

No está acostumbrada a no ser alagada, y la tensión de las últimas horas ha sido dura. Claudica. De nuevo.

- Señora, deje de llorar, por favor. Respire hondo, eso ayuda - a Ramón le afectan mucho las miserias del mundo; le afectan tanto las miserias del mundo que él mismo también se vuelve a veces un ser miserable.

- Sí, Manuela, respire hondo. ¿Quiere un vaso de agua?

- No, estoy bien...

---

A Claudia se le está agotando la paciencia, pero intenta ser comprensiva. “Muscular la empatía”, que le dijo el terapeuta durante la baja. Pues ale, a muscular, que el loquero parecía un tipo sensato:

¿Cómo será ser tan guapa? Te levantas por la mañana y ya están ahí. Esas miradas. Deseosas. Siempre ahí, poniéndotelo todo fácil. Si desde que naciste has vivido eso, no debe de ser difícil volverte una sacerdotisa que tan solo se dedica a cuidar de su templo. Incluso no debe de ser difícil olvidarte un poco de tus hijos, porque tú y tu belleza sois el centro del mundo. Y ahora que con la edad llega el decaimiento, y esas miradas empiezan a desaparecer o se vuelven lastimosas, tal vez sea normal que surja el pánico: ¿cómo observaré el mundo cuando él deje de observarme a mí?

- Lara no es una chica fácil, le cuesta mucho relacionarse, siempre le ha costado. Es muy inteligente... pero... vive encerrada dentro de sí misma - rinde el rostro, y susurra -. Siempre he tenido la sensación de que alguna fuerza oscura tira de ella...

- ¿Una fuerza oscura? - Ramón se yergue.

- Sí... algo triste que emana de su interior, alejándola de todo el mundo... sobre todo de mí. De nosotros, quiero decir. De su padre y de mí.

- ¿Va a algún psicólogo?

- ¿Psicólogo? No, ¿para qué? Lara no está loca, tan solo... es especial.

La inspectora suspira: demasiada belleza, demasiadas miradas... ¿Vale la pena ser tan guapa?

- Entiendo.

Sí, Claudia, no te engañes. Vale la pena.

- Pero con dieciocho años, y sin amigas... ¿no sale de fiesta? ¿No se relaciona con nadie? - Ramón pregunta, pero si le echase un vistazo a su propia juventud no le haría falta.

---

- No, la verdad es que no... mi hija lleva una vida bastante solitaria.

- ¿Y en qué ocupa su tiempo? – Ramón, mira por el retrovisor, haz el favor...

- En la universidad, estudiando. Y con sus libros.

- ¿A qué se refiere con sus libros?

La sacerdotisa se pone en pie, resignada a mostrar su templo.

- Inspectora, quizás es más sencillo si lo ve usted misma.

Camina hacia una de las paredes del salón, panelada en madera de granadillo. Presiona, y uno de los molduras se abre, evidenciando que era una puerta perfectamente disimulada.

- Esta es la biblioteca. La biblioteca de Lara.

- ¿La biblioteca... de Lara? – Ramón pregunta mientras asoma la cabeza por el vano; la inspectora ya ha entrado.

- Sí, creo que es la manera más acertada de expresarlo. A mi marido y a mí no nos gusta leer - lo dice con la naturalidad con la que diría que no le gusta el brócoli: demasiada belleza, demasiadas miradas... -. Esta sala no tiene ventanas porque en principio era la bodega de la casa. Pero cuando a Lara los libros empezaron a no caberle en la habitación tuvimos que habilitarle un espacio adecuado para... para su *hobby*.

Claudia ahora ya no les escucha. Ellos hablan, desde el vano de la puerta, pero ella ahora solo escucha a Borges.

“Siempre imaginé que el paraíso sería algún tipo de biblioteca...”.

La salita tiene unos veinte metros cuadrados. Madera y papel. Tan solo madera y papel: suelo de parquet, techo artesonado, todo en ébano muy oscuro; las cuatro paredes forradas por estanterías llenas de libros. Completamente llenas. No se observa ni un hueco, ni una melladura puede verse en esas fauces apiladas. Y en el centro exacto de la biblioteca un butacón de piel y una lámpara lectora. Con tulipa *Tiffany* verde inglés.

---

- ¿Todos estos libros... son de su hija?  
- Sí, inspectora. Mi hija es una gran lectora.  
- Pero con dieciocho años... es muy poco habitual que una joven...

Es una biblioteca triste. Borgiana. En esas estanterías repletas de libros parece concentrarse una vida en suspenso.

- Inspectora, ya se lo dije, Lara no es una adolescente como las otras - ¿pena? ¿decepción? ¿inquietud? -. Sus libros lo son todo para ella, se pasa aquí dentro la mayor parte del tiempo que está en casa.

- Ya veo... - obnubilada en el centro de la bombonera, Claudia no deja de girar y observar los regimientos de volúmenes en formación, perfectamente cuadrados y listos para revista -. Sin duda Lara no es una chica corriente...

Se acerca a una de las estanterías y ojea los lomos, al azar. Fredric Jameson, Joyce, Han, Pinker... Sociología, novela, filosofía, ensayo. Las obras se suceden sin un protocolo aparente de ordenación. Y la inspectora no sabe si sentir admiración o miedo: algunos de esos libros ella no se atrevió a leerlos hasta que no cumplió los treinta.

- Nada corriente, sin duda Lara no es nada corriente... - deja de murmurar entre dientes y camina hacia la puerta, con vigor: ahora no es momento de pensar en Borges, esto es una investigación criminal - ¿Por qué no le decoraron la biblioteca de un modo algo más alegre? Esto parece un ataúd...

Lo ha dicho sin pensar, y en cuanto ha pronunciado la última palabra se arrepiente: puta pastilla.

- Fue Lara la que... la que lo eligió todo - incluso a una sacerdotisa le cuesta digerir la palabra "ataúd" en estas circunstancias -. El decorador le propuso otro estilo, pero ella sabía lo que quería.

---

- Parece que su hija tiene las cosas claras - ¿pena? ¿decepción? ¿inquietud? -. Volvamos al salón si le parece. Hablaremos más cómodos.

De nuevo en el sofá Claudia siente que se hunde entre las plumas. La sensación le parece muy poco profesional. Y le trae a la mente otro sofá, del pasado. Y otra sensación, también de deliciosa falta de profesionalidad.

\*\*\*

Él la mira. Con una de esas miradas que es capaz de hacer que ocurran cosas.

- ¿Te apetece cenar?

Miradas que precipitan los acontecimientos.

- ¿Te refieres a cenar... contigo?

- Sí, conmigo.

Miradas que construyen nuevos mundos. Que de la nada crean opciones.

- Tomás, soy tu compañera, y estás casado... respétame.

Se lo dice muy seria. Pero con la esperanza de que él entienda que no desea ser respetada en absoluto.

\*\*\*

- ¿Dónde está su marido? Me gustaría hablar con él.

- Está en un congreso en Tokio. Le he llamado y ya viene de camino, tomó el primer avión. Llegará mañana por la mañana.

- Es médico, tengo entendido.

- Sí, inspectora, es médico...

- ¿Usted no trabaja?

- No, me ocupo de mi hogar y mi familia.

- Entiendo...

---

Ramón, ante la cara de retortijón que a puesto la inspectora, sabe que tiene que interrumpir. Pero antes se quita las gafas, para darse aires.

- Cristina Manuela – y como ocurre con tantos miopes que llevan años usándolas, sin ellas su rostro se vuelve invisible: paradójicamente, somos el resto los que perdemos visión -, ¿ha recibido la familia, cualquiera de sus miembros, algún tipo de amenaza en los últimos meses?

- ¿Amenazas? - parece confundida -. No, que va...

- ¿Usted, su esposo, o Lara, han discutido gravemente con alguien? ¿Se han granjeado algún enemigo?

- Que yo sepa no... mañana pueden preguntárselo a Antonio, pero creo que no, me lo hubiese contado.

- ¿Le deben dinero a alguien?

La inspectora escucha, mientras con la mirada recorre el salón. La chimenea es tan descomunal, tan robusta, tan eterna, que parece que siempre estuvo allí. Da la impresión que la casa se construyó en rededor suyo, en su honor. Como se construyen las capillitas tras una aparición mariana.

- ¿Problemas de dinero?

Se corrige: la chimenea daría esa impresión si no acabase de visitar la biblioteca. Esa es la verdadera capillita negra de la casa.

- Sí, alguna discusión con alguien por temas económicos.

- No, que va...

- No parece muy convencida.

- Antonio lleva esas cosas... pero sé que no hay problemas en ese sentido. Me lo hubiese dicho.

Sobre la repisa de la chimenea Claudia observa una foto familiar, la única que se ve. Dos hembras bellas y su dueño, el macho alfa. Tiene aspecto el doctor Valls de alumno de la Ivy League: un bloque sólido, bien vestido; por dentro y por fuera. “El mundo es eso que está fuera de este retrato esperando a que yo lo dirija”. Él y la chimenea hacen buena pareja.

---

- ¿Tienen deudas?

- No, las cosas nos van bien...

A la familia las cosas le *iban* bien. Hasta esta mañana. Claudia observa a Lara en el retrato, y entiende la congoja de su madre: en efecto, de dentro de esa niña emana una oscuridad deslumbrante.

- Le dijo al subinspector Linares que Lara estudiaba primero de carrera, ¿dónde?

- Estudia un grado en ingeniería y empresariales, en EDEM.

- ¿EDEM? No la conozco.

- Es una universidad privada.

No puede evitarlo, es superior a ella: “privada” lo ha pronunciado como se pronuncia “del bueno” si eres un idiota comprando jamón en el supermercado de El Corte Inglés.

- Yo sí la conozco, jefa. Está en el puerto, pertenece al grupo Mercadona.

- Perfecto. Pues ahora usted descanse, Manuela, nos toca trabajar a nosotros. Tómese una pastilla e intente relajarse. El agente uniformado que hay en la puerta no se va a mover de ahí, ni de día ni de noche, hasta que esto se resuelva.

- Pero... pero... ¿cuánto tardarán en encontrarla? ¿Qué quiere esa gente que se ha llevado a mi hija?

De un momento a otro volverá a derrumbarse, por lo que Claudia quiere finiquitar una conversación de la que ya no confía en sacar nada más en claro.

- Antes o después se pondrán en contacto con nosotros, esté tranquila, siempre lo hacen - Ramón la mira: que mal mientes, jefa -. Están ya de camino dos técnicos que se quedarán aquí con usted hasta que eso pase, para intentar localizar la llamada, tanto si la hacen al fijo como si la hacen al móvil. Lo único que tiene que hacer es permanecer en la casa, junto al teléfono.

---

Ramón se compadece de la pobre mujer: sabe por experiencia que la tensa espera hasta saber las exigencias de los secuestradores es el peor momento para la familia. No hay nada que destroce más los nervios que la inmovilidad frenética.

- ¿Y si... y si no llaman?

Ahora toca mentir. Y como su jefa no sabe, él se adelanta.

- Eso no pasará. Tenga en cuenta que si no llaman, no consiguen el dinero, y ellos entonces no sacan nada de todo esto.

Por suerte Cristina Manuela, como buena mujer florero, no intenta plantearse alternativas: la duda no es estéticamente decorativa, y la decoración es lo más importante para una mujer florero.

- Hasta que lleguen los técnicos el subinspector se quedará con usted - Claudia se levanta -. Yo me voy, tengo mucho que hacer.

Las despedidas son rápidas. Ramón acompaña a su superiora. Ya en la escalera del jardín, se coloca como más le gusta: un escalón por debajo de la jefa. Siempre.

- Ahora te coges cuatro uniformados y peinas toda la zona.

- ¿Raya en medio o al lado?

- Qué chispa tienes... Ya sabes lo que buscamos: vecinos, repartidores, barrenderos... cualquiera que haya visto algo. Y cualquiera que tenga antecedentes sospechosos.

Él, tras la broma, guarda silencio, evidenciando su necesidad de reverenciar.

- Campolivar es zona de ricos, seguro que hay cámaras en los accesos a la urbanización. Revísalas también, por narices se la ha tenido que llevar en un vehículo. Y llamas a jefatura para que vayan averiguando cosas de la familia.

- ¿Qué cosas?

- Trapos sucios.

- ¿Trapos sucios?

---

- Esta gente tiene mucho dinero. Y el dinero siempre trae problemas. Teniendo en cuenta que la princesa con la que acabamos de hablar es un pedazo de ingenua, debemos estar preparados.

- ¿Ingenua?

- ¡Ramón, por favor! Esa mujer es tan tonta que si su marido le pide probar algo nuevo en la cama a ella lo único que se le ocurre es darle la vuelta al colchón.

Él, que está un escalón por debajo de su superiora en todos los sentidos, percibe como se le echan encima tres masas enormes: el cerebro y los dos pechos de Claudia.

- No la sigo, jefa. A mí Cristina Manuela me ha parecido una buena persona, no creo que nos haya mentido...

- No tendrías que seguirme, tendrías que ir por delante - finge paciencia; en el fondo lo que más le gusta es dar lecciones -. No es que la Manuela mienta, es que quizás cree saber la verdad. Y esos son los mejores mentirosos.

Mientras la escucha, no puede evitar tomarle medidas mentales. 120 copa D. A ella seguro que le encantaría en punto elástico francés, lana de Cornualles.

- Mañana vamos a conocer al doctor, y por la pinta que tiene el personaje, me temo que no es de los que se lo cuentan todo a su mujercita. Quiero estar preparada cuando hable con él, por eso tú vas a averiguarme si esta gente tiene trapos sucios.

Asiente. Deleitado ante la lección.

- ¿Y usted mientras qué va a hacer, jefa? ¿Manicura y SPA?

Lo mira de arriba abajo. ¿Me está mirando las tetas? Quiere odiarlo, pero no puede. Bueno, quizás un poquito: ante el problema del turismo masivo en el centro de la ciudad, Ramón sería un personaje fantástico para espantarlo.

- Casi aciertas. Voy a pasar por casa a pasear a Lucas.

Claudia ya ve el póster de su subordinado en las paradas de autobús: "I am here waiting for you".

---

- Estupendo, yo partiéndome el lomo y usted dando una vuelta con su perrito...

- Dónde hay patrón no manda marinero.

- Y ojos que no ven, cuernos que te pongo.

- No te sulfures, Ramoncín, que cada vez te pareces más al Rey del Pollo, siempre quejándote. Tú te encargas de sus padres, y yo me encargo de averiguarle la vida a la triste Lara. Cuando acabe con Lucas iré a esa universidad privada...

- EDEM.

Ella se limita a asentir. Respira hondo: la pastilla hace su efecto. Tal vez por eso se queda contemplando la ciudad. Tras ella, al fondo, el mar. Siempre el mar. La inspectora es mesetera, no acaba de acostumbrarse a esa raya plateada que se le aparece constantemente vaya donde vaya. Como una espada en Juego de Tronos.

- La niña debe de ser rarita de cojones, ¿no cree, jefa?

A pesar de la pastilla, la horizontalidad del horizonte marino le agobia. La encuentra sobreactuada, un mal interprete que reclama constantemente ser el centro de atención. Y lo consigue, porque la parroquia no sabe de teatro.

- Sí, rarita de cojones... pero con esa madre no me extraña, parece que la única prioridad en su vida es mostrarle al mundo lo guapa y elegante que es. Y mucha lagrimita, pero esos ojos son dos témpanos...

- Jefa, no creo que sea mala gente, ya se lo dije. Lo que pasa es que hay quien vive todo *pafuera*, y hay quien vive todo *padentro*. Como en el flamenco.

- Si tú lo dices...

“I am here waiting for you. Full of love and peace”.

- Yo lo digo, que de eso sé un rato - se refiere al flamenco, por supuesto -. ¿Por qué no le preguntó por las viagras?

- ¿Una madre que no es capaz de decirnos ni el nombre de una sola amiga de su hija crees que tiene una respuesta para eso? -

---

Robert Mitchum va a salir de escena, debe rematar con una frase digna de él -. Y si la tuviese, ¿crees que nos la daría?

Mientras pronuncia las últimas palabras, se ha sentido horizonte marino: sobreactuado. Y es que cuando Claudia aborda un caso, nunca tiene muy claro si va más en busca del ego o en busca de la verdad.

- El taxi ya está aquí. Nos vemos en jefatura.

\*\*\*

Debe reconocerlo: que una inspectora de policía sea incapaz de conducir, y deba desplazarse en taxi cuando no hay ningún compañero que pueda llevarla, no es demasiado operativo. Ni le sale barato. Pero después de lo que le pasó a Tomás no ha podido empuñar un volante. Ni regresar a Madrid. Baja por depresión y después traslado. Han pasado ya tres años, y está a muchos kilómetros de distancia. Pero da igual, todo sigue ahí. Como si hubiese sucedido ayer y ella aún viviese en la capital. Y es que el tiempo y el espacio se deforman por culpa de la velocidad de la luz, pero también por culpa de la nostalgia.

- Muy buenos días, artista, ¿dónde la llevo?

Discurso poderoso. Sintonizada la COPE. Cuando la artista baja del taxi, siente que es un poco más de derechas. Si el trayecto se hubiese alargado hasta jefatura, quizás incluso estaría planteándose votar. Votar a quién fuera, pero que repartiese hostias.

- *Vessina*, ¿cómo le fue la mañana?

Ya está aquí Rodolfo Langostino, siempre al acecho. ¿Qué pasa? ¿Hoy aún no llevas los diez intentos de seducción diarios y tienes miedo de perder la nacionalidad argentina?

- Bien, bien, mucho lío...

---

Habla mientras sigue buscando la llave, ni siquiera se ha girado. Al nuevo vecino, en el otro extremo del rellano, no parece importarle.

- ¿Metiste entre rejas a muchos *atorrados* hoy?

Va a hacer como que entiende. Esta vez no caerá en la trampa, no piensa darle ninguna excusa para el diálogo. Claudia lo ha observado desde su ventana, cuando él va al bar de la esquina, o baja a fumarse un cigarrillo a la calle. Parece un taxista buscando carrera. A ella le molestan esos cincuentones que tienen la ingenua creencia de que a esa edad puedes fraguar las amistades que se fraguan a los veinte: a esa edad los de tu quinta ya tienen la vida hecha, y los de la quinta de tus hijos, si los tienes, solo se acercan a ti por admiración, provecho o lástima. Y cualquiera de esas razones le parecen igual de patéticas para la amistad.

- Sí, sí, a muchos, todos encerrados... - se le caen las llaves al suelo.

- *Andate* con cuidado, *vessina*.

Consigue abrir la puerta. Él esta esperando el ascensor, con su eterna sonrisa quebrada, y ese asqueroso pucherito de mate que lleva a todas partes. Mira que es guapo el gaucho...

- Bajo a echarme un *pucho*... un cigarrillo, ¿te apetece?

- No, me estoy quitando.

Claudia le observa. Es tan tópico: da la impresión de que solo esta enamorado de la sensación de que se enamoren de él. Una vez lograda, seguro que escapa. Seguro que huye como buen depredador sentimental.

- Deberíais daros un poco de fiesta, siempre tan seria...

Ya empieza a estar harta de que un tipo tan atractivo, para el que sexualmente ella es una ameba, la utilice como *sparring*.

- Los argentinos habláis tanto porque en realidad odiáis beber mate, ¿verdad?

El milagro se produce: lo ha dejado sin palabras.

- Nos vemos, vecino.

---

Se mete en casa y, al cerrar la puerta, contempla la figura petrificada de Rodolfo Langostino. Ultracongelado.

Qué gilipollas... y qué guapo.

- ¡Lucas!

Claudia, teniendo en cuenta que tu vida sexual es más aburrida que la de Epi y Blas, ¿no deberías replantearte lo de espantar a hombres atractivos que intentan charlar contigo?

- ¡Lucas!

El suyo debe de ser el único perro en el mundo que no sale a recibir a su dueña.

- ¿Quién es el perrito más bonito del mundo? - actualmente este es el único ser vivo sobre el planeta con el que se atreve a mostrarse cariñosa - ¡¿Quién es?! ¡¿Quién es?!

El perro le mira con ojos descreídos, tumbado sobre el sofá. Ni siquiera mueve el rabo. Al igual que su dueña es la Robert Mitchum de las mujeres policía, Lucas es el Robert Mitchum de los perros: “¿Quién es el perro más bonito del mundo? Pues no tengo ni puta idea de quién es esa maricon, pero si tanto te atormenta el tema voy y lo pregunto”.

Suena el teléfono.

- Dime Ramón.

- Tenemos que darnos prisa.

- ¿Qué sucede?

- Me han enviado los videos de las cámaras de tráfico que hay en los accesos a la urbanización. Nos interesan tres rotondas, por narices hay que pasar por alguna de ellas para llegar al chalet de los Valls.

- ¿Y?

- Con el portátil estoy revisando las imágenes, y chequeando matrículas.

- ¿Ha habido suerte?

- Mucha. A las once y cuarto de esta mañana ha salido de la urbanización una furgoneta Ford Transit. En la cabina se distingue

---

un hombre al volante, la trasera no tiene ventanillas. El dueño del vehículo es Francisco López.

- ¿Y quién es ese figura?

- Veintisiete años, vecino de Paterna, con dos antecedentes por intento de violación. Cuatro años de condena y medio de prisión efectiva. Salió por buena conducta hace diez meses.

- Angelito.

- Trabaja de reponedor en el Supercor que hay cerca del chalet de los Valls. Me acerqué a la tienda y el encargado me ha dicho que en efecto Francisco trabaja allí... pero que hoy es su día libre.

- Esto promete.

- Pues espere, que aún hay más: le he enseñado la foto de Lara al encargado y al instante la reconoció. Va mucho por allí a comprar. Y en un par de ocasiones la ha visto hablar con nuestro hombre. El encargado le llamó la atención a su empleado, porque notó que intentaba ligar con la muchacha, y las normas de la empresa prohíben ese tipo de cosas.

- Hay que moverse deprisa. Alerta a los hombres de Harrelson, nos reunimos con ellos en jefatura dentro de media hora - ahora Lucas sí mueve el rabo: ¿y yo qué, me lo tengo que hacer encima o piensas sondarme? -. Buen trabajo Ramón.

Cuelga sin esperar a oír la respuesta y baja a la calle. Comerá en el taxi, de camino. Al menos que sea bueno.

- Lléveme a Casani, en Jorge Juan.

Entra en su horno preferido mientras el taxi la espera encima de la acera frente al Mercado de Colón. Su intención es comprarse tan solo una empanadilla, debe cuidarse, últimamente ha cogido algún kilito. Pero los ve. Allí. Al fondo del mostrador, casi hablándole: minicruasanes rellenos de chocolate.

- Ponme media docena.

---

Menos mal que existe el chocolate. Y menos mal que existe el Prozac. Sí, lo sabe, ambas cosas en dosis masivas matan. Pero no reír y no follar, en dosis masivas, también.

---

### CAPÍTULO 3

Casa en Benimaclet. Planta baja, pero hay que salvar dos escalones. Sin rampa para minusválidos, tan solo un tablón de madera atornillado.

- Hola, soy Héctor. De “El País”.

Que en la primera frase que pronuncia haya una verdad y una mentira, demuestra su perfecta adaptación al nuevo periodismo.

- Hola, yo soy Concha. La madre de Matías.

En la época de la postverdad no importa si la historia es real, solo importa si haces clic sobre ella. Los hechos están superados.

- Encantado, ¿puedo pasar?

- ¡Sí, sí, por supuesto! Perdona, que maleducada... es que estoy un poco nerviosa.

- No tiene por qué estarlo. Ya verá que sencillo es todo.

- Una no está acostumbrada a estas cosas... - se ha endomingado, como cuando en el pueblo se arregla para la misa; incluso ha ido a la peluquería, a costa de no comer carne esta semana - ¿Puedo ofrecerle algo? He hecho café, y hay cervécitas en la nevera.

De la calle se entra directamente a la cocina, que hace también las veces de salita. Casa vieja reformada en los setenta con escaso presupuesto. Nada ha cambiado desde entonces: muebles escasos y tristes, desconchados en las paredes. Moho. Si Héctor fuese un ladrón, buscaría los ahorros en un bote de Nescafé.

---

- No, gracias, no me apetece tomar nada... - la humedad es tan física que si Héctor fuese un furtivo, le daría la vuelta a la mesa de la cocina para cosechar racimos de mejillones -. Acabo de almorzar, y hay que vigilar el peso.

Sonríe. Él sabe lo que ahora tiene que hacer: ganársela.

- Concha... - mirada abisal - siento mucho lo de su hijo.

Al intentar expresar un sentimiento que no tiene, solo le sale una mueca. Una mueca de ladrón, de furtivo.

- Gracias, pero no se preocupe, ya han pasado dos años. Estoy acostumbrada a esta vida.

Su tono de voz transmite, dentro de su patetismo, un ligerísimo afán. Como si su invitado estuviese allí por ella. Como si su dolor fuese la razón de la visita.

- Es usted muy valiente, Concha - esos detalles tan sutiles a otro se le escaparían, a Héctor no -. Muy valiente.

Él capta la miseria humana al instante, y es capaz de exprimirle todo su potencial dramático cuando redacta. Sabe lo que se hace. Conoce su oficio, que es muy parecido a la vida: a veces lo que cuenta, es cómo cuentas las cosas. No las cosas. Sobre todo al narrar lo terrible.

- ¿Y cuando saldrá el reportaje? Quiero estar atenta para que no se me pase ir al kiosco.

- No se publicará en papel.

- ¿Cómo?

- El reportaje es para la edición digital. Si esta noche me da tiempo a acabar de redactarlo, mañana ya lo podrá leer.

Decepción.

- ¿Saldrá por... por ordenador?

A las personas de esa generación la tinta sobre papel aún les impresiona. Es el poder de la letra escrita, el poder de lo físico: ¿cómo se va a equivocar un libro? ¿Cómo te va a mentir un periódico? Para ellos la letra impresa aún tiene aura. Es creíble por

---

defecto, inocente hasta que se demuestre lo contrario. Como los curas de antes.

- Sí, vía internet.

- Vaya... no me dijo eso por teléfono. Creía que aparecería en papel...

Claro que no se lo dijo. Ni le dijo que en realidad no es periodista de "El País", sino un *free lance* que ha conseguido vender el reportaje por una miseria después de estar dos meses dando la barrila.

-... hasta fui a pedir presupuesto para enmarcar la noticia...

Y tampoco le dijo que las fotos las hará él mismo para así ahorrarse un fotógrafo profesional. Y no le dijo nada de eso por una razón: la quería convencer. El nuevo periodismo.

- Concha, le aseguro que va a encantarle el reportaje. Aparecerá en una sección especial dedicada a dramas personales generados por la crisis - para neutralizar el pequeño fiasco, hace el caldo gordo -. Los recortes en la ley de dependencia es algo que interesa y preocupa a mucha gente.

- Bueno, si es así... - parece que se recompone -. ¿Supongo que quiere conocer a Matías?

- A eso hemos venido, ¿no? - sonrío, con cierta coquetería.

- Sí, claro... Sígame, su cuarto está al fondo de la casa.

Pasillo interminable.

- Mi marido se murió el año pasado, y la pensión de viudedad es una miseria. Y la de invalidez que cobra Matías es otra miseria. Por eso tuvimos que venirnos a vivir a esta barraca...

Habla mientras avanza. Ya empieza a tener chepa.

- Y yo estoy haciéndome mayor, y no tengo fuerzas para levantarlo de la cama, bañarlo... pero claro, contratar a una mujer que me ayude es carísimo... y luego está lo de su diabetes, que también es un dineral...

Necesita desahogarse.

---

- Ya sabe, los amigos de Matías al principio venían, pero luego se hace pesado, es una carga... en estas situaciones solo queda la madre, por aquí ya no viene nadie desde hace meses...

Héctor la observa: a todas luces es una mujer que ha tenido que mirar mucho la peseta. Toda la vida. Siempre ha viajado en autobús, con fruta y bocadillo en el bolso para no hacer gasto.

- Pero no me quejo, mi hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida...

El tono no deja claro si su hijo es lo mejor que le ha pasado en la vida, o como le ha pasado, es lo mejor que hay en su vida.

- Matías tuvo que dejar su trabajo, que lo era todo para él... su trabajo y los libros, leía muchísimo, ahora verá su cuarto, no cabe un libro más... le encantaba ser profesor, enseñar biología a los chavales... y todo por un error médico, una desgracia... la indemnización fue una miseria, claro, esto es España, las leyes son una porquería... en Estados Unidos yo ahora sería rica...

Héctor nunca ha visto el amor en estado puro, sin contrapartidas, destilado. Le gustaría vivir ese momento, pero hoy no será el día: Concha es generosa, pero a él le parece que habla demasiado de dinero.

- Pero al menos tengo salud, y que dure...

La casa tiene aspecto de hotel de playa barato en temporada de invierno. El joven de la silla de ruedas también.

- Hola, Matías - va a alargar la mano pero se contiene a tiempo -. Soy Héctor, el periodista. Supongo que tu madre te ha hablado de mí.

- Estamos sin blanca. La compañía de la luz nos amenaza con cortárnosla si no pagamos de inmediato todo lo que debemos. ¡¿Qué voy a hacer yo sin luz y con este panorama?!

Señala al fardo que tiene al lado, indiferente al hecho de que uno de los pocos órganos que conserva intacto su hijo es el auditivo. Matías se limita a parpadear, no es capaz de hacer otra

---

cosa, y Héctor no puede sino pensar que las compañías eléctricas además de inhumanas son un desastre organizativo: ¿acaso no saben que a este pobre diablo la luz se la cortaron ya hace tiempo?

- Ponga todo eso en el reportaje, póngalo bien clarito...

Héctor ya no la escucha. Se ha sentado frente a la silla de ruedas, y observa el rostro que le observa. Le recuerda a un Mr. Potato montado por un niño con problemas de orientación espacial: cejas, ojos, nariz y boca se apelonan en la parte baja de la cara, dejándola prácticamente sin barbilla. A cambio, luce una frente con aspecto de mausoleo granítico. La boca torcida, rezuma algo de babilla.

- Con lo guapo que era mi hijo... mire, mire la foto. Es del día en el que se graduó en la universidad, el mes que viene hará diez años.

La madre habla como si no estuviera en presencia de un ser vivo. Como si su hijo no pudiera escucharla: ella ha normalizado la desgracia. Matías, no se sabe. Y a nadie parece importarle demasiado. Le tiende un retrato.

- Es verdad, era un chico guapo.

Era muy guapo, y ahora... A Héctor, sin saber por qué, el fardo le recuerda a esos viejos desdentados llenos de miseria, que aprenden a comer con las encías. Y roen con ellas las aceitunas hasta devolverte un hueso.

- Sí, mi Matías era muy guapo - como si hablase de un muerto; como si la belleza pretérita incrementase el dramatismo de lo sucedido: si hubiese sido feo, pues no sería tan grave... hasta en eso tuvimos mala suerte.

- ¿Siente dolor?

- No, el médico dice que no siente físicamente nada. En el quirófano sufrió un daño cerebral difuso, y entró en estado vegetativo irreversible.

Héctor escucha con melancolía. El sufrimiento le asusta, sobre todo el suyo. El de los demás le produce nostalgia.

---

- La mayoría de pacientes como él pierden la capacidad de contactar con el entorno, pero Matías tenía unas ganas de vivir enormes... el neurólogo nos dijo que gracias a eso mantiene el conocimiento y la razón. Pero físicamente... físicamente lo único que puede hacer por sí mismo es parpadear y mover ligeramente el dedo índice de la mano derecha.

- Vaya, no es gran cosa...

- Que me lo digan a mí.

Para un reportaje sobre accidentes de tráfico Héctor leyó hace tiempo que las investigaciones científicas en psicología de la resiliencia han demostrado que tras dos años, un gran inválido alcanza niveles de felicidad comparables a los que tenía antes del incidente que le produjo la invalidez: sencillamente baja expectativas y pone en funcionamiento la increíble capacidad del ser humano para adaptarse a su contexto. Eso es lo que leyó, y normalmente hace caso a la ciencia, pero esos ojos que ahora le miran cuentan otra historia...

“Mi resentimiento es el resentimiento de lo infinito. No conozco su origen, no sé su destino, pero está ahí, ocupándolo todo... como una tenue pero inacabable onda gravitacional”.

\*\*\*

En la terraza de una tasca de Malasaña. No es el sitio con el que una chica fantasea cuando piensa en una primera cita. Pero es un sitio discreto, y eso para Tomás es importante.

- Hace mucho calor...

Claudia se abanica con la mano, porque necesita hacer algo, romper el silencio, resquebrajar la estática. Pero él no responde. Se limita a encenderse un cigarrillo, sin dejar de mirarla.

- Fumas como un chulo.

Lo ha dicho en plan borde. Como si así fuese a convencerse de que no está nerviosa. De que no está ofreciéndose

---

a un hombre casado. De que su dignidad de mujer permanece intacta.

- Lo sé. Y también sé que te gusta.

- ¿A sí? ¿Y qué más sabes?

- Sé que ahora lo negarás, como hacéis todas.

Ese “todas” le ha dolido en el alma. Pero es incapaz de responder nada. Porque él sonríe, y tras hacerlo, alza el rostro hacia la luna y echa una bocanada de humo. Y ese gesto basta para desencadenar la locura mental: Claudia se imagina que tras la cena él la empuja dentro de un callejón, y le agarra la cintura, y ella se resiste, pero su masculinidad y sus antebrazos nudosos lo pueden todo, y follan, y luego hacen el amor, y se casan en una playa donde envejecerán juntos, rodeados de nietos y bailarinas balinesas. Cualquier feminista (incluida ella misma) la habría abofeteado por semejantes ensoñaciones. Cualquier amiga la habría comprendido. No como Tomás, que la mira sin entender nada, porque como casi todos los hombres ignora su poder: la capacidad que tiene para, con un pequeño gesto del que él ni tan siquiera es consciente, desatar una estampida de búfalos en la mente de una mujer.

\*\*\*

- ¿Me oyes?

A Matías nadie puede consolarle de su propia compañía.

- Claro que le oye, pero no espere que le conteste.

Y menos su madre: ambos se infunden desolación mutua.

- Entiendo... creo que lo mejor será que empecemos por las fotos - intenta rehacerse; se pone en pie y coge su cámara – Luego la entrevistaré.

- Estupendo, enseguida me preparo.

---

Concha se levanta para dirigirse a una de las estanterías que cubren la habitación. Los libros forran todas las paredes. Coge un bolso con el emblema de Vuiton y se sienta junto a su hijo.

- Ya estoy lista. Bueno, ya estamos listos quiero decir.

Héctor se vuelve a sentar, para presenciar el patético intento de las clases humildes por parecer sofisticadas: llevar por dentro de casa un bolso de Louis Vuiton recién comprado a un negro en plena calle, es quizás lo más triste que ha visto a lo largo del día. Y eso que está sentado frente a un joven en estado vegetativo irreversible.

- En la foto es mejor que tan solo aparezca Matías.

Está tentado de añadir: “Señora, su dignidad se mantendría mil veces mejor resguardada si mostrase su cutrez natural”.

- ¿Sólo... sólo Matías?

- Sí, sólo Matías.

Héctor es bastante injusto en la defensa de la justicia.

- De acuerdo, si es mejor así...

La mujer se aparta, completamente apesadumbrada. Sin soltar su bolso. Él toma docenas de fotografías, desde diferentes ángulos. Su modelo se limita a parpadear. Es una situación extraña, que recuerda a la fotografía arquitectónica, sin serlo. Suena el teléfono, lejano, en la cocina.

- Ahora vuelvo.

Al quedarse sólo en la habitación, Héctor siente una especie de contradicción interna: ¿está realmente sólo? ¿Un cerebro que funciona, pero que ni se puede comunicar contigo ni permite que te comuniques con él, es realmente compañía? Sin poder evitarlo, le viene a la mente su matrimonio.

- Bueno, aquí estamos. Tú y yo. Al fin solos.

Se sienta frente a Matías, de nuevo en su campo visual. Con la extraña sensación de estar en un acuario.

- Es pesadita tu madre, ¿eh?

Sin respuesta. Ni siquiera un parpadeo.

---

- No eres tú muy hablador...

Intenta desprenderse de la mirada del fardo, pero no puede. Se le está metiendo dentro. Y de repente siente que habita el reflejo de un reflejo: en esos ojos ve su propia mediocridad, tal como él cree que la ven los demás.

- ¿Cómo puedes vivir así...?

No tiene muy claro si la pregunta se la ha hecho a Matías, o se la ha hecho a sí mismo.

- ¿Cómo lo logras...?

Porque Héctor, en el fondo, sabe cómo es. Y se da miedo. Se siente incapaz de trabarse emocionalmente con los otros; de manera genuina, no fingida, nunca le ha pasado. Ni siquiera con su ex-mujer. Y a sus cincuenta años no cree ya que le pase... Los demás se vinculan a él, pero a él ellos le dan igual. Cuando termina una conversación, se olvida del interlocutor al instante, hayan hablado de lo que hayan hablado. De quien no se olvida jamás es de la gente que le lleva la contraria, de quien es más gracioso que él, de quien razona mejor, de quien resulta más interesante. Siente por ellos mucho rencor, no puede evitarlo.

- Hola caracola...

No trata mal a nadie, pero tampoco trata a nadie especialmente bien.

- Veo las luces encendidas, ¿pero hay alguien en casa?

¿Por qué entonces se siente tan cercano al hombre que tiene enfrente, que es poco menos que un vegetal? Quizás es porque se parece a él más de lo que está dispuesto a reconocer. Una vida sin propósito, ese es el mayor propósito de sus vidas. Eso les une. A veces preferirían estar muertos. En realidad, a veces preferirían estar un poco más muertos.

- ¿Puedes oírme?

De nuevo, no hay respuesta.

- Si puedes oírme, y entiendes lo que te digo, parpadea.

---

Esos ojos que le miran parecen saber que él es frío. Parecen saber que tiene un ego desproporcionado. Parecen saber que es inmune al remordimiento. Parecen saber que las profesiones con mayor proporción de personalidades psicopáticas son dos: político y periodista.

- ¿Por qué no parpadeas? Es por tu bien...

Para disimular su naturaleza Héctor, cuando está en público, interpreta, actúa, hablando siempre desde un humanismo exagerado. Finge querer, querer mucho al mundo. Y lo finge tan bien, y lleva haciéndolo tanto tiempo, que ha acabado por creerse su papel. Él es el más demócrata, el más ecológico, el más feminista, el más anticapitalista. Él pretende lo imposible: odiar a la gente, y amar a la humanidad.

- Te lo voy a repetir, porque a lo mejor eres duro de oído: si me oyes, y entiendes lo que te digo, parpadea.

Pero este ser inerte que tiene enfrente parece conocer su secreto. Y se produce el milagro de la comunicación: muy lentamente, ha cerrado los ojos y los ha vuelto a abrir.

- Hola Matías, espero que estés bien por ahí dentro...

Alarga el brazo y acaricia la mejilla del fardo. ¿O se está acariciando a él mismo? ¿Es compasión lo que experimenta, o victimismo? Héctor está tan encantado de conocerse, está tan orgulloso de su intensidad vital, que ya no creía ser capaz de sentir nada nuevo. Estaba convencido, hasta antes de entrar en esa habitación, que había consumido el repertorio: ahora tan solo puedo aspirar a las relecturas... tan sofisticadas, tan escasas de emoción. Los ojos de Matías le han sacado de su engaño.

---

## CAPÍTULO 4

Ramón conduce. Claudia, a su lado, no pierde de vista la Ford Transit que circula trescientos metros por delante. A veces se hace complicado, porque entre ambos vehículos, interrumpiendo la línea de visión, hay un X6 y un Porsche Cayenne. Los dos con cristales tintados y llantas de aleación doble-medida perfil bajo. Con pinta de ser ocupados por mafiosos rusos en busca de puticlub.

- La chica va en la trasera de la furgona, me juego el cuello jefa. Deberíamos intervenir...

- Esperaremos a que nos digan algo los civiles de Liria. Es cuestión de minutos.

- Pues no entiendo por qué. La santa madre de ese hijo de puta... - con la barbilla señala a la Ford Transit - ha confirmado que su niño comió a las dos y media con ella en Paterna, cosa que hemos comprobado, y le dijo que venía de la casa de campo familiar que tienen en Liria. Las cámaras de la autovía confirman que en efecto estuvo en Liria. Si salió de Campolivar a las once y cuarto, y a las dos y media estaba en Paterna con su madre, Lara Valls o está en la casa de campo, o está en la trasera de la furgona, o está muerta en una cuneta cerca de la autovía. No tiene sentido esperar. Ni tampoco seguir a ese maldito violeta creyendo que está llevándonos a su guarida. ¡Es imposible que esta mañana le haya dado tiempo a llegar hasta aquí!

---

Circulan por la playa de El Saler, con las ventanillas bajadas y el pelo revuelto. El sol ya cae, pero la bóveda de pinos que cubre la carretera aún es capaz de cebrearla.

- Ya te lo he dicho, no insistas: no vamos a mover un dedo hasta que los civiles nos digan algo.

- ¡¿Pero por qué?!

Ramón a veces no es capaz de ver que un policía sin oficio es como un artista sin oficio. Un búho ciego.

- Siempre es mejor intervenir cuando la víctima ya está a salvo - con una goma se recoge el cabello en una coleta -. Riesgo cero.

- Y aún mejor intervenir cuando ya está muerta. Riesgo doble cero.

Claudia respira hondo y reclina la cabeza hacia atrás. No tiene ganas de darle más explicaciones a Ramón. Se ensimisma. Siempre le pasa durante los seguimientos, le recuerdan el día en el que perdió a Tomás.

- Te acercas demasiado...

No añora su presencia. Ya no. Todo lo contrario: disfruta percibiendo la densidad de su ausencia. Aunque sea difícil de creer, puede haber placer en el hambre.

-... frena un poco, joder.

Sinvergüenza. Sin vergüenza. El espacio en blanco entre palabras es un no-signo que funciona como signo. Es una ausencia con significado. Justo como Tomás.

- Sí, comandante, dígame - la inspectora habla por el móvil -. Perfecto, nos ponemos en marcha.

Cuelga.

- ¿Está viva?

- No está.

- ¡¿Ve cómo yo tenía razón?! ¡Deberíamos haber intervenido hace ya media hora! La chica está en la Transit, y ese cabrón ha tenido los cojones de violarla, matarla, y luego irse a

---

comer un arroquito caldoso con su madre dejando el cadáver en la furgona. Seguro que ahora va en busca de un rincón solitario en La Albufera para echar el cuerpo al agua con dos piedras de lastre.

- Eres insufrible... - la inspectora coge el micro de la radio -  
. Adelante. Que sea limpio.

La reacción es inmediata: el X6 que circula justo detrás de la Ford Transit acelera de modo brutal y adelanta a la furgona. Una vez rebasada se cruza violentamente en la carretera obligándola a detenerse de modo brusco. De inmediato el Porsche Cayenne también se cruza, tras ella, impidiéndole ninguna maniobra de evasión.

- El pajarito está en la jaula - Claudia disfruta con el espectáculo: desde que Hacienda asigna a las diferentes jefaturas repartidas por el territorio nacional los coches de lujo confiscados a los narcotraficantes, las operaciones de interceptación dan ganas de grabarlas en video -. Arrímate ahí, en la explanada del arcén, a la altura de ellos.

Están en el mirador de la Gola de Puchol, desierto a esas horas. En medio de la calzada el sospechoso ha bajado de su furgoneta muy resuelto, muy macho, como si viniese de marcar ganado. Por su forma de cerrar la puerta, es obvio que está dispuesto a pegarle un puñetazo a alguien.

- ¡Qué hostias...!

- ¡Al suelo! ¡Échate al suelo y pon las manos detrás de la nuca! ¡Ya!

Seis cañones de armas cortas apuntándole a la cabeza le convencen de que hoy no es un buen día para repartir puñetazos.

- Inspectora, ni rastro de la chica.

Claudia no se inmuta.

- Traedlo aquí, junto al lago. Y despejad la carretera.

Los GEO, vestidos de paisano, actúan rápido. Dos minutos más tarde aquí no ha pasado nada.

---

- ¡¿De qué coño va todo esto?! ¡Yo estoy limpio, *pringaos* de mierda!

Grandote. Aspecto agitanado, pero viste una chaqueta verde del ejército alemán: este chico es un cúmulo de contradicciones. ¿Por qué la armada germana no llama a filas a toda esta chusma?

- Tú no has estado limpio en tu vida...

Claudia murmura mientras camina hacia él, llena de rabia: no soporta a los violadores, le sacan de sus casillas.

Asco de trabajo...

En su oficio ha visto de todo, y como para ascender en una organización tan machista por desgracia ha tenido que convencerse de que es una macha, ya nada le afecta. Excepto los violadores, con ellos no puede.

- ¡Figura, mírame a la carita! ¡Sí, a mí, yo soy la jefa! - está acostumbrada: al detenido ni le pasa por la cabeza que entre tanto hombre la que manda pueda ser esa mujer que camina hacia él; y Claudia, como le pasa siempre cuando está muy tensa, nota como empieza a cojear, sin poder evitarlo, y eso retroalimenta su rabia, metiendo presión a un circuito cerrado que nadie sabe por dónde va a reventar -. Y ahora contesta las preguntas que te voy a hacer y así no te meterás en más líos.

Ha llegado a su altura, y lo encara.

- ¡¿Quién es esta tetona coja?! ¡¿La bruja del cuento?!

Ahí la tienes. Báilala.

- A la inspectora le hablas con más respeto o alguien se va a quedar hoy sin dientes.

Los GEO han guardado sus armas. De brazos cruzados y tan solo con su ostentación física, lo mantienen arrinconado contra la baranda que se vuelca sobre el lago. A lo lejos el sol empieza a besar el agua, como si creyese que por ser dulce es bebible, mientras las zancudas zampan mosquitos.

---

- ¡A mí no me amenazas, *ciclao* de mierda! ¡Yo te pago el sueldo y conozco mis derechos! ¡A ver si te crees que aún manda Franco!

Claudia observa el espectáculo. Y se avergüenza de su país, al confirmar lo que ya sabe: las naciones no mueren asesinadas. Se suicidan.

- Calma chicos, este joven, en efecto, tiene sus derechos - acerca su rostro al del detenido, un palmo más alto que ella -. Sí, esa soy yo, la bruja coja del cuento... eres un chico listo. Pero, ¿sabes por qué estoy coja?

Ramón observa a su superiora. Parece imperturbable, pero él, que la conoce bien, puede ver como esa mujer a la que adora acumula tensión. Como nudillos antes de ser crujidos. Cualquier cosa puede pasar a partir de ahora.

- Y yo que sé... ¡¿Qué te piensas?! ¡¿Qué soy adivino?! Seguro que te quedaste coja por una mala *follá*.

Se agarra el paquete, y troquela una mirada salaz.

- Yo te lo hubiese arreglado mejor, te lo aseguro...

Tiene pinta de vivir en una roulotte, donde se pasa el día viendo porno. Aparcada de modo ilegal en esos cartabones de tierra baldía que las vías de tren forman cuando se cruzan con otra vía de tren o con el puente de una autopista. Esos triángulos desolados que el Estado expropió hace muchos años y ahora ya nadie sabe a quién pertenecen.

- Sí, Paquito, seguro que tú me lo hubieses arreglado mejor... pero te equivocas, no estoy coja por una mala *follá* - este pobre diablo no sabe que la inspectora es partidaria de la regla del mordisco que utilizan en EE.UU. con los perros: el primero, se perdona; el segundo, se sacrifica -. Te contaré un pequeño secreto: me he quedado coja de tanto patearle los cojones a escoria como tú que disfruta maltratando a las mujeres.

Su pie malo se eleva de modo tan rápido que ninguno de los hombres que allí hay tiene tiempo a reaccionar. Ninguno

---

menos Francisco, que lo hace como lo hace él todo en la vida, con pasión: está encogido, lívido, agarrándose de nuevo la entrepierna pero esta vez sin sonrisa salaz.

- Bueno, hemos empezado con mal pie... - la broma es demasiado compleja para un ser tan simple como el que ahora busca aire a bocanadas sin soltar sus partes; al pobre parece que se le han ido las ganas de fiesta erótica -. Pero estoy segura de que a partir de ahora, como los dos somos gente civilizada, todo va a ir como la seda, ¿verdad, Paquito?

- Sí... claro... - todavía acuclillado, tose y asiente -. Como la seda...

Si es que en el fondo son niños traviesos. Con una legislación adecuada se comportarían como angelitos.

- Esta mañana has salido de Campolivar a las once y cuarto, ¿qué has ido a hacer allí?

- Trabajar... he ido a trabajar... - se incorpora, mientras va recuperando color.

- No dice eso tu jefe de Supercor.

- Mi jefe es idiota.

- Sí, claro, el listo de la tienda eres tú. Por eso tienes veintisiete tacos y tu trabajo de más responsabilidad ha sido vigilante de parking.

Es tan básico que su única estrategia es el silencio.

- ¿La conoces?

Claudia quiere ser una buena policía, y una buena persona. Por ese orden. Esa es la razón por la que lucha cada día contra el prejuicio de creer que la gente normal es la que se parece a ti. Y no le importa luchar, pero la basura que tiene enfrente se lo está poniendo tan difícil...

- ¡¿La conoces?!

- Yo a esa pava no la he visto en mi vida - casi ni ha mirado la fotografía.

- Sí la conoces. ¡Haz memoria!

---

- ¡Le digo que no sé quien es! - vuelve a aflamencarse - ¡Y no me chille! Jodida coja...

Ramón observa al detenido, que a su parecer tiene un rostro asesinable. Se lo está imaginando en una foto forense, dentro de una nevera, con bufanda de punto fantasía al cuello... Le interrumpen la diversión: llaman por teléfono y el subinspector se aparta del grupo para descolgar.

- Paquito, no te pases de listo, en las grabaciones de seguridad de la tienda apareces hablando con ella hace dos días.

- ¡Me llamo Frankie! - el escaso cubicaje de su cerebro intenta conseguir el par máximo -. Sí, ahora la recuerdo, de la tienda...

- Claro, si ya sabía yo que con un poco de ayuda... Nos han dicho que a ti te hacía gracia, y que te llamaron la atención por propasarte con ella en un par de ocasiones...

- ¡Eh, para el carro! ¡Yo respeto a todo el mundo!

Paradójicamente, lo dice de un modo muy poco respetable. El pie de la inspectora toma impulso, como si fuese a salir disparado de nuevo, y él se achanta.

- Y sobre todo respeto a las mujeres... sí, siempre...

Se le tuerce el gesto, balbucea. El aliento apesta a carajillo. O a sol y sombra. Por culpa de gente como esa, el mundo es inmundo.

- Estoy segura, campeón. Pero volvamos al principio ahora que has refrescado la memoria: ¿qué hacías esta mañana en Campolivar?

- He ido a pasear, a tomar el aire...

- A tomar el aire dices...

- Sí, ¿acaso es un delito?

La inspectora vuelve a ponerse nerviosa, pero se contiene para no devorar a este idiota. Todo buen caníbal sabe que comer la carne de un imbécil te vuelve a ti imbécil.

---

- Pues mientras tú tomabas el aire a esta preciosidad la han secuestrado, sospechamos que para violarla. Y teniendo en cuenta tus antecedentes te aseguro que el marrón te va a caer a ti: estabas paseando por el lugar equivocado en el momento equivocado - se gira hacia los GEO, intentando que la mentira suene a verdad -. Esposadlo y lleváoslo a jefatura.

- ¡Yo no se nada de toda esa historia! ¡Yo vivo y dejo vivir!  
- intenta calmarse -. Yo soy feliz, yo tan solo disfruto... ¿Lo pillas?

Claudia lo pilla. Cualquiera diría que este muchachote ha leído a Freud: existen dos maneras de ser feliz en la vida. Una es hacerse el idiota. La otra es serlo.

- Eso se lo cuentas al juez. No sé si conseguiré que te condenen, pero tres o cuatro meses de provisional fijo que te caen, y te aseguro que yo me encargaré de que te pongan en el módulo adecuado... - ahora es Claudia la que compone una sonrisa salaz -. Con lo guapo que eres, y siendo un violador de jovencitas, en un par de semanas tu culo va a parecer la bandera de Japón.

Ramón, que ya ha regresado de su conversación telefónica, disfruta viendo la actuación. Su jefa es como un bulldózer que arrasa el bosque virgen hasta llegar a la ermita. “Hay una carretera por hacer, le joda a quien le joda. Apartad de mi vista a estos putos ecologistas”.

- Ya lo estoy viendo... como un bebedero de patos te lo van a dejar.

- ¡Escúchame mierdacoja: yo no he hecho nada! - por culpa de la rabia se altera de nuevo, resurgiendo su yo profundo - ¡Si esa zorrilla ha desaparecido será porque algo habrá hecho, las tías que están tan buenas son todas unas putas!

Claudia le soltaría otra buena patada, a ver si esta vez le revienta las joyas de la corona. Pero se contiene: sabe que Ramón la seguirá hasta el infierno si hace falta, pero no quiere poner en un aprieto a los GEO obligándoles a mentir ante una denuncia por

---

malos tratos. Los de asuntos internos últimamente están muy quisquillosos con esas cosas.

- Esposadlo.

Al sentir el metal en las muñecas se replantea su futuro. Especialmente el de su trasero.

- ¡Vale, vale! No fui a Campolivar a pasear...

- ¿A qué fuiste?

- A... - duda -. A echar un polvo.

Eso lo cambia todo: un polvo es cosa de dos. Al menos.

- ¿Consentido?

- Puta...

El pie de la inspectora otra vez hace ademán de tomar impulso, y el detenido se encoge. Esa amenaza basta para soltarle la lengua: le aterra el sufrimiento propio tanto como le excita el ajeno. No es el primer violador con el que Claudia trata.

- Sí, consentido, claro...

Por eso los odia tanto. Por eso le sacan de sus casillas.

-... es una tía que conocí en la tienda.

- ¿Cómo se llama?

- No puedo decirlo, es una clienta... me echarían.

- Tranquilo, sé guardar un secreto. Y en cualquier caso creo que El Corte Inglés será capaz de sobrevivir sin ti.

- Hija de... - se lo piensa mejor -. Además está casada, con un notario, se meterá en un lío...

- ¿A qué hora llegaste a su casa?

- En cuanto su marido se largó y los niños se fueron al colegio. Serían las nueve, y estuvimos zumbando hasta las once.

Claudia y Ramón ahora ya son conscientes de que todo está perdido, este camino no les conducirá a Lara: incluso un tipo tan podrido y simple como este sabe que una coartada falsa jamás debe contener tantos detalles que impliquen a terceros.

---

- ¿Nombre de ella? - él duda; la inspectora decide animarlo  
-. Ya veo a la mitad del módulo de peligrosos cantando el himno de Japón con lágrimas en los ojos ante tu culo en pompa...

- ¡Laura, joder! ¡Laura no sé qué! Su chalet está en la calle de atrás del Supercor.

Claudia se desentiende de él. Coge del brazo a Ramón y se lo lleva unos metros más allá. Un barquero antiguo que aún rema con pértiga lleva a unos turistas hacia la puesta de sol. Hacia el fin del mundo.

- Hemos estado perdiendo el tiempo. Un tiempo que no tenemos.

- Era previsible, jefa. La llamada que he contestado era de la científica, y luego yo he llamado a redes y a informática: como le dije, el que lo hizo es un tipo cuidadoso, y Paquito no da el perfil.

Ambos miran al detenido, que en esos momentos tiene un dedo metido en la nariz.

- Va, dame las malas noticias. Sé que te gusta.

- Qué cosas dice... El ordenador está limpio. Quien lo hizo, antes de llevarse a la chica, borró a conciencia todo rastro de navegación, e-mails, disco duro... Reluciente lo ha dejado.

- ¿Cuánto tardó en hacerlo?

- Los de informática me han dicho que al menos media hora. Tuvo cuajo el cabrón.

- Hubiese acabado antes llevándose la máquina - Claudia razona bien bajo presión; su mente es como el agua, que cuando el canal de riego se estrecha, corre más deprisa -. Parece que quiere dejarnos claro que es un tipo cuidadoso y brillante.

- Exacto. Ego, mucho ego. Creo que estamos ante un retador, y esos son los peores.

Nube Negra nunca descansa.

- ¿Qué más tienes?

- Nadie ha llamado aún pidiéndole rescate a la familia. Por otro lado los de la científica me han confirmado que la mancha de

---

sangre sobre la alfombra en efecto era de Lara. Los restos epiteliales no han dado ningún resultado, son mayoritariamente de la chica, y en menor medida de la mujer de la limpieza. El secuestrador sin duda llevaba guantes, y seguramente también verdugo. Las huellas dactilares nada de nada, y las píldoras azules sí eran Viagra. Pero tenían varios años, estaban caducadas.

La inspectora tuerce el gesto.

- ¿Y los de redes que te han dicho?

- Han confirmado que el móvil, como pensábamos, fue desactivado antes de salir de la casa.

Claudia se toma unos segundos. Por una vez Nube Negra tiene derecho a su pesimismo.

- Ahora os vais a casa del notario y hablas con la tal Laura. Si la coartada es cierta, que lo será, suelta a ese gilipollas.

- A estas horas su marido estará en casa, quizás deberíamos tener más tacto...

- Se siente, hay prisa. La próxima vez que la señora del notario se lo piense mejor antes de abrirse de piernas. Y retira ya al agente que vigila a la madre de Paquito. Le explicas a la mujer que la hemos retenido para que no pusiese sobre aviso a su hijo, que era sospechoso de secuestro. Que sepa así la joyita que tiene.

“Hay una carretera por hacer. Le joda a quien le joda”.

- Jefa, al fin y al cabo es su madre, quizás no es necesario...

Ella ya no le escucha. Está al teléfono.

- Dígame, comisario.

- Quiero hablar contigo.

- Eso es lo que estamos haciendo, ¿no?

- Muy graciosa. En persona.

Claudia ya sabe que el tema será delicado: desde que su superior tiene ambiciones políticas, nunca habla de temas comprometidos por teléfono. Ya se sabe, la policía siempre escucha. Y a veces graba.

- Estoy muy liada con un caso...

---

- Me da igual. Te quiero ver *ya*. Estoy en el Palau, en media hora doy una conferencia. Cuando acabe estate esperándome en la puerta.

Y cuelga.

- ¿Era Don Peppone?

- En estado puro.

- ¿Y que quería esa torrija andante?

- Hablar conmigo - la conversación con su superior la ha dejado pensativa; intenta despabilar -. Tengo que irme. Cuando acabes con lo de la mujer del notario ves a jefatura y sigue con el cotejo de matriculas.

- Por supuesto, jefa. ¿Quién piensa en dormir?

- No me jodas Ramón, ya sabes como son los secuestros. Y en casa solo te esperan tus agujas de tricotar - qué malo es conocerse -. Después de hablar con el comisario iré a ayudarte.

Él se quita las gafas de Mortadelo, para volverse invisible: qué vergüenza le da que ella conozca tan bien sus miserias.

- Son más de trescientos vehículos. Y seguramente limpios de antecedentes. Tardaremos al menos una semana en hablar con todos los propietarios para investigarlos.

- De momento no hay otro cabo del que tirar. Mañana interrogaremos al padre y buscaremos alguna amiga de la chica en la universidad.

- Si la tiene - y se sentó en el pajar, y se clavó la aguja -. Ya que va a hablar con el comisario quizás podría pedirle un par de hombres de refuerzo.

Ella frunce los labios. Nunca le ha gustado pedir a los de arriba.

- Y otra cosa jefa... vi lo que hizo en el jardín.

- ¿De qué coño hablas?

- ¿Pero se cree que soy idiota? Si los de asuntos internos se enteran de que sigue con el Prozac... ¡No puede ir armada y drogada a la vez!

---

Ella se gira hacia el fin del mundo: los turistas, montados en su barca, ya están a punto de alcanzarlo. Y solo con una pértiga.  
- Si se enteran y no les gusta, que me echen.